

COMMODITAS O LA NUEVA VIRTUD DE LAS SOCIEDADES SATISFECHAS

Javier Espino Martín*

COMMODITAS OR THE NEW VIRTUE
OF SATISFIED SOCIETIES

RESUMEN: Si la *virtus* de la Antigüedad era la fuerza, la valentía y el coraje, y en la modernidad la diligencia, el trabajo, el mérito y el esfuerzo, actualmente se ha instalado la *commoditas*, una suerte de pseudovirtud nihilista que reivindica la ociosidad, el igualitarismo radical y el entretenimiento. La sociedad contemporánea posmoderna ha superado tanto la metafísica filosófica grecorromana como la teología cristiana, tanto el racionalismo y el empirismo ilustrado como el idealismo romántico decadentista y el positivismo materialista, y ha entrado en una suerte de fin de la historia de nihilismo lúdico autocomplaciente y autosatisfecho. Concluimos que la *commoditas* está para quedarse y reconfigurará la naturaleza del ser humano en función de una nueva mentalidad que hace palidecer la tradición hasta prácticamente anularla.

PALABRAS CLAVE: conformismo, fin de la historia, *homo ludens*, necesidad, ocio.

RECEPCIÓN: 29 de abril de 2021.

ACEPTACIÓN: 16 de marzo de 2022.

DOI: 10.5347/01856383.0142.000305346

ABSTRACT: If the *virtus* of antiquity was strength, bravery and courage, and in Modernity, diligence, work, merit and effort, today the *commoditas* has been installed, a kind of nihilistic pseudo-virtue that claims the idleness, radical egalitarianism, and entertainment. Contemporary postmodern society has surpassed both Greco-Roman philosophical metaphysics and Christian theology, both rationalism and enlightened empiricism, as well as romantic-decadent idealism and materialist positivism, so society has entered a sort of end of history of self-indulgent and self-satisfied playful nihilism. We conclude that *commoditas* is here to stay and will reconfigure the nature of the human being based on a new mentality that pales tradition to the point of practically annulling it.

KEYWORDS: conformism, end of history, *homo ludens*, leisure, necessity.

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

COMMODITAS O LA NUEVA VIRTUD DE LAS SOCIEDADES SATISFECHAS*

Declaración de intenciones

170

Antes que nada, quisiera dejar claro que no pretendo desarrollar un estricto estudio de investigación y de análisis académico de ciencias sociales, sino un escrito a medio camino entre el artículo y el ensayo. Mis propósitos no buscan un público especializado sobre el tema que trato, sino divulgar un criterio personal que justifico libre-

mente con fuentes primarias o secundarias, por las que expreso un punto de vista sobre temas de la actualidad que me inquietan y que considero que son polémicos y que tienen un enraizamiento y una abierta dialéctica historiográfica. Por eso, discúlpeme el lector que, a diferencia de mis artículos de investigación, esta vez no atienda a la estricta rigurosidad y justificación documental, sino que me permita una mayor laxitud en la redacción en pro de la creatividad y de la libertad de pensamiento, que si se sometieran a los estrictos moldes de la redacción científica, se verían sin duda frenados y domeñados, con la pérdida de fuerza y vigor que ello supondría.

*Una versión inicial de este artículo se encuentra publicada con el título *Commoditas: malestar de una sociedad satisfecha*, en <https://spes.lat/2021/01/commoditas-malestar-de-una-sociedad-satisfecha/>, en el dossier virtual *Spes* (Pensamiento crítico, vida pública, periodismo ciudadano), dirigido por Fernando Galindo Cruz, al que le agradezco mucho el haberme brindado la posibilidad de presentar en internet mis teorías acerca de este controvertido concepto.

Introducción: el final de la historia

La sociedad actual está inserta en una profunda degradación de valores y virtudes. Eso ya lo sabemos. Una y otra vez se cacarea y se escucha por gran cantidad de medios, ya sean en papel, electrónicos o visuales: ¿estamos en esa decadencia que, en otros tiempos, se asimilaba con Babilonia o con el final del imperio romano? ¿Se trata de una crisis estructural como el caso del final de la religión pagana y el inicio de la cristiana? ¿Un cambio de paradigma, como pasar del geocentrismo medieval al heliocentrismo renacentista? ¿Una acumulación de inquina, rabia y rencor como la Primera y Segunda Guerra Mundial? ¿Cuál es el declive de la sociedad actual? ¿Es similar a otros casos de la historia o es distinta y obedece a un comportamiento idiosincrático particular? Uno de los libros que me pareció revelador al respecto fue *El final de la historia* (1992) de Francis Fukuyama. Si bien el concepto de “fin de la historia” hunde sus raíces en el pensamiento hegeliano,¹ Fukuyama sigue a Alexandre Kojève, un filósofo ruso prácticamente olvidado, pero

¹ A diferencia de Kojève y Fukuyama, que plantean un final total “histórico” de la historia, Hegel propone que el fin de la historia se produce en cada instante del periodo histórico y no tendría en sí mismo un fin o cierre, sino que continuaría desplegándose según el espíritu absoluto.

absolutamente influyente para el siglo xx, que se incorporó a la *École Pratique des Hautes Études* de París y se convirtió en maestro e ideólogo de la *intelligentsia* francesa de la segunda mitad del siglo xx, representada por autores como Camus, Levy-Strauss, Lacan, Bataille o Aron. Las lecciones que impartió entre 1933 y 1939 se recopilaron en la *Introducción a la lectura de Hegel*. De esta obra resulta relevante el siguiente texto, en el que plantea el futuro al que se examinará la sociedad:

un perro está encantado de pasar todo el día tumbado al sol con tal de estar alimentado, porque no está insatisfecho con lo que es. No se preocupa por que a otros perros les vaya mejor que a él, o porque su carrera como perro se haya estancado, o por que otros perros estén siendo oprimidos en otras partes del mundo. Si el hombre logra alcanzar una sociedad en la que sea abolida la injusticia, su vida será parecida a la de ese perro.²

Kojève, que impartió sus seminarios en plena Segunda Guerra Mundial, ofreció reflexiones sorprendentemente predictivas. Su pensamiento se puede condensar en las siguientes

² Alexandre Kojève, *Introducción a la lectura de Hegel* (Buenos Aires: Trotta, 2013), en García-Morán Escobedo, “‘El gran relato’, rehabilitado: Francis Fukuyama y ‘el fin de la Historia’”, en Francis Fukuyama, *¿El fin de la historia? Y otros ensayos* (Madrid: Alianza, 2015), 21.

palabras de Antonio Escotado: “al mundo, al fin se le ha quitado la pasión totalitaria y entramos en una especie de zoológico feliz y confortable: todo el mundo va a ser tan vulgar y tan perezoso como siempre quiso; eso no quiere decir que el espíritu objetivo no siga operando y la humanidad no siga progresando, pero se acabó esto de la violencia en nombre de milenarismos”.³

De este modo, y siguiendo a Kojève, Fukuyama venía a sentenciar que el final de las aspiraciones sociales liberales significaba, básicamente, acabar siendo unos “perritos falderos autocomplacientes”. De hecho, en la conclusión de su opúsculo, el politólogo estadounidense se muestra muy pesimista y determina:

172

El fin de la historia será un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida por una meta puramente abstracta, la lucha ideológica a nivel mundial que requería audacia, coraje, imaginación e idealismo se verá reemplazada por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y la satisfacción de las sofisticadas demandas consumistas.⁴

³Entrevista de Nuria Richart a Antonio Escotado en 2019, <https://www.youtube.com/watch?v=Wioj-h9amYU>.

⁴Fukuyama, *El fin de la historia*, 46.

Fukuyama formulaba “el final de la historia” en cuanto a la disolución del pensamiento y la estructura política estatal marxista frente al triunfo del capitalismo liberal. Una vez que esto se cumplió, viene una etapa con la que se inicia un “horizonte” de decadencia que tiene a la *commoditas* (“comodidad”), como principal *leitmotiv* y núcleo estructurador. Sería la *commoditas* un constructo ideológico que nace de los gérmenes de la “corrección política” y del “consumo hedonista” en el siglo xx, después de la Segunda Guerra Mundial, y llega hasta la actualidad:⁵ una suerte de conjugación entre un *ludus furens* y una tranquilidad y seguridad corporal, ambas planeadas y desarrolladas por una distópica y temible maquinaria del entretenimiento y de la diversión aplicada;⁶ por una formidable maquina-

⁵La planificación de la idea de consumismo de masas se desarrolló, en especial, durante el mandato del presidente estadounidense Dwight Eisenhower. Victor Lebow fue considerado el economista y ensayista que más contribuyó a implantar el actual modelo consumista. La formulación del capitalismo consumidor quedó expresa en la primavera de 1955 en un artículo publicado en la revista *Journal of Retailing*, titulado “Price competition in 1955”, y que se sintetiza en las siguientes palabras: “Nuestra enorme capacidad productiva demanda que hagamos del consumo nuestro modo de vida, que convirtamos las compras y el acto de usar bienes en rituales, que busquemos la satisfacción espiritual y del ego en el consumo”; <https://www.clubensayos.com/Biograf%C3%ADas/Victor-Lebow/2347291.html>.

⁶Dos conceptos procedentes de la sociología que interpretan este poderoso proceso consumista son los de “macdonalización” de George Ritzer para la racionalización y estratificación del consumismo,

ria publicitaria y empresarial, en convivencia con los poderes de un Estado “sobrepotador” que, actualmente, representa la *volonté générale* de los países “social-liberales”.⁷ Con ello, debemos detenernos en las ideas clásicas de virtud y de qué forma la *commoditas* modifica su semántica original.

Virtud y comodidad

Desde la Antigüedad clásica, los grandes pensadores, como Platón, Aristóteles o Cicerón, entre otros, defendían y propugnaban el *timós*, la *areté* o la *virtus*.⁸ En realidad, nunca llegaron a abandonar la ética homérica y la defensa de la valía guerrera. En efecto, la virtud y el honor se pueden trasladar a un plano estrictamente

bélico, ya que la competitividad es el gran motor de la evolución de la sociedad. La virtud homérica se dio la vuelta con la “misericordia” cristiana y se convirtió en un simbólico representante de un crisol de cualidades basadas en la mansedumbre, la caridad o la modestia; se ablandó y perdió la fuerza de antaño, aunque conservó una energía interna que serviría de base para valores como la competitividad, el esfuerzo y la diligencia del trabajo, núcleos de la ética del calvinismo y del capitalismo liberal. El problema se origina cuando la *virtus* se vio anegada por un conformismo entre piadoso, materialista y ramplón que surge del desarrollo y expansión de la mentalidad burguesa y de las innovaciones que surgen a raíz de las revoluciones industrial y tecnológica.

El siguiente texto del filósofo alemán Friedrich Nietzsche es muy significativo de una denuncia contra el “comodismo” burgués decimonónico:

¡Cada vez os hacéis más pequeños, pequeñas gentes! ¡Vosotros, que gustáis de vuestras comodidades, os desmigajáis! ¡Acabaráis por perecer a causa de la multitud de vuestras modestas virtudes, de vuestras pequeñas omisiones, a causa de vuestra menguada resignación permanente! Tenéis demasiadas contemplaciones, cedéis demasiado: ¡de todo ello está formado el suelo donde crecéis! [...].

y la “disneylización” de Alan Bryman, que dirige y centra una suerte de consumo híbrido en el ejercicio lúdico de la imaginación y la fantasía.

⁷No podemos obviar que existe un modelo político de ociosidad comunista que inventó Paul Lafargue, yerno de Marx y autor del libro *El derecho a la pereza* (publicado en el diario *L'Égalité* en 1880 y como folleto en 1883), en el que se inventó una sociedad de consumo, pero en una línea utópica que mantenía la tradición que parte de la obra de Tomás Moro y que se desarrolla en los socialistas utópicos franceses como Saint Simon o Fourier.

⁸Véanse mis estudios al respecto: “Estética de la recepción e historia de las ideas en el siglo XVIII. El *honestum* ciceroniano y el ‘honor ilustrado’ de Montesquieu en la ‘educación virtuosa’ de Gaspar Melchor de Jovellanos”, *Tópicos*, núm. 53 (2017): 326-372; y *De la “agudeza al gusto”*. Cicerón, entre el barroco y la cultura ilustrada (Ciudad de México: UNAM, 2019), 13-32.

NOTAS

“Amad siempre a vuestro prójimo como a vosotros mismos; pero ¡sed primero de los que se aman a sí mismos, de los que se aman con el gran amor, con el gran desprecio!”. Así habla Zaratustra, el impío.⁹

En el pasado texto se trasluce que la *areté* homérica y la *virtus* romana se han convertido en “comodidad”, “resignación” y “conformismo”. La sacralidad, en la época de la *commoditas*, ya no se encuentra en las virtudes religiosas ni la razón de Estado se sitúa en la racionalidad pragmática de las circunstancias, sino que se halla sumergida en una conformidad hedonista, basada en el culto de lo efímero y del presentismo, que se conjuntan y unen a una hipersensibilización de las emociones más primarias e instintivas. En este nuevo panorama sociopolítico ya ni los clásicos greco-latinos ni los clásicos modernos tienen nada que aportar. La *autoritas* de los grandes sabios que nos precedieron se banaliza hasta su desaparición, y solo importa una suerte de nihilismo decadente y estúpidamente emocional.

El filósofo alemán Immanuel Kant, que defendía el mérito y el esfuerzo, no contemplaría nunca que la *commoditas* pudiera volverse estímulo del movimiento humano. En palabras de Brian O’Connor, los

⁹Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, trad. por Carlos Vergara (Madrid: Edaf, 1978), 121-122.

planteamientos de Kant serían los siguientes:

Una vida de comodidad solo es posible cuando decidimos no tomar parte activa en influir el mundo que nos rodea. En ese desafortunado caso, no obstante, dejamos el mundo tal como lo encontramos, igual que hacen los niños sobreprotegidos. Nuestra naturaleza racional significa que no deberíamos huir del reto de la autorrealización, de tomar total posesión de nuestro yo como seres morales racionales (no, por tanto, como seres puramente económicos).¹⁰

Por lo tanto, la comodidad nunca se podría convertir en un imperativo categórico, en una ley universal.¹¹ Para el autor de la *Crítica de la razón pura*, el ser humano siempre estará dominado por el impulso de la “necesidad” y el estímulo del mérito, de la competitividad y del esfuerzo. Nunca llegaría a darse cuenta, al igual que Aristóteles y su defensa de la “sabiduría” como *telos* de la esencia humana, de lo equivocado que iba a estar ante la maquinaria lúdico-ociosa de los siglos XX y XXI que daría totalmente la vuelta a las raíces “naturales” de la humanidad.

¹⁰Brian O’Connor, *Elogio de la ociosidad. Un ensayo filosófico sobre el valor de no hacer nada* (Madrid: Koan, 2021), 37-38.

¹¹*Ibid.*, 46-47.

Necessitas o commoditas

El médico y pensador del siglo xvii Bernard de Mandeville, siguiendo las tesis del diplomático florentino Nicolás Maquiavelo,¹² se planteaba si un pueblo hace bien en seguir las virtudes moralizadoras cristianas, ya que estas nos separan de la *necessitas*¹³ (necesidad) de que los hombres y los Estados se desarrollen y se potencien, y no caigan en la parálisis y la esclerotización de una sociedad de “abejas” muy honradas, pacíficas, pero sin ánimo ni valentía para generar la ilusión de continuar hacia el futuro:

Dejad, pues, las quejas a un lado: solo los tontos se esfuerzan por hacer un gran y honrado panal. Querer gozar de las ventajas del mundo

¹²Precisamente, también Maquiavelo en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* arremete contra la *commoditas*, en forma de “ocio”, ya que este puede hacer que “un cuerpo ciudadano [...] pierda su interés por el bien común al perder conjuntamente su interés en la política, haciéndose ‘ociosos e inhábiles para todo virtuoso ejercicio’ (36)”. Quentin Skinner, *Maquiavelo* (Madrid: Alianza, 2009), 102-103.

¹³Este concepto tiene una larga historia, desde sus orígenes mitológicos-teológicos en la *ananké* de las tragedias griegas, en la que esta resulta ser una fuerza fatal, un mandato cósmico al que se someten incluso los propios dioses y hace que, a pesar de sus esfuerzos por liberarse de ella (la soberbia o *hybris*), los héroes trágicos siempre serán sometidos por su inexorable orden divina. El poeta latino Lucrecio, siguiendo la filosofía democrítea y epicúrea, le da a la *necessitas* un sentido materialista y lo incluye como una fuerza que empuja a los átomos a caer para que luego ellos voluntariamente formen cuerpos por su declinación (el denominado *clinamen*).

ser conocidos en la guerra, y vivir con comodidad,

sin grandes vicios, es una vana utopía asentada en el cerebro.

[...]

La sola virtud no puede llevar a una nación a vivir

en esplendor; aquellos que quieren revivir

la Edad de Oro deben liberarse tanto de las bellotas, como de la honradez.¹⁴

En el texto anterior, De Mandeville propugna una necesidad siempre imprescindible para el desarrollo social humano, y su inevitable fosilización, si no, seguimos “teniendo hambre”.¹⁵

H.G. Wells en su *Máquina del tiempo* (1895) ahonda en esta idea desde un enfoque de ciencia ficción. En un mundo futurista (Wells pone una distancia desproporcionada de miles de años) solo quedarían dos razas, los “eloi” y los “morlocks”. Normalmente, textos y medios audiovisuales siempre se han detenido más en los morlocks, por su carácter monstruoso y el miedo que suscitan, que en

¹⁴Bernard de Mandeville, “El poema: La colmena refunfuona o los bribones vuelven honrados”, trad. por Lucía Crespo, en *Antología*, ed. por Julio Seoane (Madrid: Tecnos, 2018), 71.

¹⁵Las ideas de De Mandeville pueden servir de base al objetivismo de Ayn Rand, que hace gravitar su filosofía en torno a un egoísmo racional, carente de emociones, que busca reconocer los méritos y el esfuerzo creador del individuo frente a la mediocridad de ciertos parásitos que pretenden absorberlos, en nombre de una supuesta y falsa repartición fraternal en beneficio de la sociedad.

las películas de terror sobresalen por su morbosidad. No obstante, a mí me parecen más interesantes los eloi porque a ellos nos dirigimos: unos seres sin necesidades y, por lo tanto, sin virtud, absolutamente anodinos e indiferentes que apenas razonan y no tienen sentimientos. Y ello es porque parece ser que los avances tecnológicos les dejaron como legado un auténtico vergel en el que, si deseaban comer, simplemente alargaban la mano, si querían descansar, tenían aposentos cómodos, y eran bellos, saludables y aparentemente inmortales.

Wells planteaba su propio “final de la historia” como un periodo en que la falta de “necesidad” hace que la “población sea equilibrada y abundante, la excesiva naturalidad se convierte en un mal antes que en una bendición”, ya que “donde la violencia es algo escaso y la descendencia está a salvo, hay menos necesidad (de hecho, no hay ninguna) de una familia eficiente, y la especialización de los sexos de acuerdo con las necesidades de los hijos desaparece”.¹⁶

La propia fecundidad de la naturaleza se reajusta de forma que se pueden recoger los frutos sin necesidad de trabajarlos. Los eloi también han sido mejorados absolutamente, con el triunfo de la medicina preven-

tiva y la erradicación de las enfermedades contagiosas. Por otro lado, los triunfos sociales conseguirían una inaudita paz social y económica; la *commoditas* que eso generaría sería tal que hasta eliminaría “las compras, los anuncios, el tráfico, el comercio”. Pero como afirma el escritor de *La guerra de los mundos*: “al cambiar las condiciones del entorno, inevitablemente cambiamos nosotros para adaptarnos”. A partir de ahí, vienen una narración y una reflexión profundamente proféticas, aunque muy condicionadas por el evolucionismo y el darwinismo social del horizonte histórico de Wells:

Todo ello acrecentó mis conclusiones sobre la perfección de su dominio de la naturaleza. Pues tras la batalla viene el silencio. La humanidad había sido fuerte, enérgica e inteligente y había usado su vitalidad arrolladora para alterar las condiciones del entorno en el que vivía. Y lo que contemplaba ahora era la reacción a las nuevas condiciones. Bajo un ambiente de perfecta seguridad y confort, aquella energía inagotable que había sido nuestra mejor baza se había convertido en un inconveniente. Incluso en nuestro propio tiempo, nos encontramos con ciertas tendencias y deseos que, aunque necesarios para la supervivencia, son una constante fuente de frustración. El valor físico y el amor por la lucha, por ejemplo,

¹⁶ H.G. Wells, *La máquina del tiempo* (Barcelona: Sportula Narrativa Breve, 2017), 30-31.

no son de gran ayuda para un hombre civilizado, sino más bien un obstáculo. Y en un estado de equilibrio físico y seguridad, el poder, ya sea físico o intelectual, está fuera de lugar. Supuse que durante años incontables no había habido el menor peligro de guerra o de violencia, amenaza de bestias salvajes, necesidad de trabajar ni enfermedades que requirieran una constitución fuerte. En un ambiente así, los que llamamos débiles están igual de bien equipados que los fuertes para sobrevivir; de hecho, dejan de ser los débiles e incluso están mejor preparados. Pues los fuertes se encontrarían en un perpetuo estado de ansiedad, llenos de una energía a la que no podrían dar salida. [...] Incluso aquello terminaría por desvanecerse en medio de una inactividad autocomplaciente.¹⁷

La falta de necesidad implica comodidad, y el problema es que el ser humano siempre ha tenido necesidades que, en cierto modo, lo ha llevado al *bellum*, a la competitividad, a mostrar sus cualidades y a enfrentarse, activa o pasivamente, unos contra otros, o contra adversidades, contra otros enemigos o contra lo que sea. Siempre había un “contra”, de ahí la importancia de esta preposición en la frase de Hobbes en su *Leviathan: bellum omnium contra omnes*. Las épocas más emprendedoras han sido en las que

¹⁷ *Ibid.*, 32-35.

más “belicismo” ha habido, metafórico y no metafórico, como en el Renacimiento, la Revolución Francesa o las dos guerras mundiales. Estamos en una sociedad en la que decir “contra” es negativo, suena mal y hay que edulcorarlo. Debemos decir siempre “con” (de hecho, *commoditas*/comodidad procede etimológicamente de la unión entre el proverbio latino *cum*/con y el sustantivo *modus*/modo), al tiempo que la “comodidad” sustituye a la “necesidad” y la “corrección política” sustituye a la “ética homérica de la virtud”. Nuestra sociedad cómoda y bien pensante se sostiene en la alianza de cuatro grandes factores: tecnología (de infraestructura y de comunicación), consumismo a la carta, comunitarismo y asistencialismo sentimentalista y corrección político-pedagógica.

Cada una de estas directrices ha ido cimentando la sociedad de la *commoditas* y ha subvertido todos los valores que hemos conocido. Por este motivo, la brecha con la generación de nuestros abuelos es amplísima, casi irreconocible, mucho más que la de nuestros padres con ellos (véase un padre de unos 70 u 80 años). La nuestra es una sociedad blanda, superficial y oportunista. El esfuerzo es sustituido por la tecnología, la nostalgia de las vivencias de amigos y familiares es sustituida por los telegráficos mensajes de WhatsApp, la meritocra-

cia y las injusticias que procedían de las dificultades de la vida son remplazadas por la corrección político-pedagógica que pretende una justicia universal, siempre indignada ante lo que la caótica naturaleza nos impone. El esfuerzo, la diligencia del aprendizaje constante memorístico¹⁸ y racional son cambiados por los estímulos saltados e hipersensibilizados de las “pantallitas” digitales o de la pedagogía de la improvisación y la espontaneidad; la política tecnocrática maquiavélica e ilustrada es sustituida por la improvisación de un club de la comedia, lleno de “listillos”, de “pícaros”, que enuncian constantemente frases de amplios y falsos horizontes, llenas de sentimentalismo vacuo y tontorrón. El jefe es sustituido por el *coach*; los clásicos dejan de ser clásicos y se convierten en unos “tipos” llenos de ideas antiguas y “aburridas”; el político es transformado en asesor y el profesor en animador cultural, así como los padres dejan de ser padres y pasan a ser colegas o amigos. Todos bajan de categoría.

¹⁸Para Pascal Bruckner, la forma en que se cultiva la creatividad y el desarrollo del pensamiento se basa en recitar “mecánicamente fórmulas aprendidas de memoria, hasta que, de estas letanías, surge una chispa”. Insiste el intelectual francés en que “la creación o recreación de uno mismo siempre surge de la lucha entre una forma imitada y una nueva forma que busca emerger”. Véase: *Un instante eterno* (Madrid: Siruela, 2021), 75. Gracias a la cesión inicial al “automatismo” podemos alterarlo para que, después, se cree algo nuevo y distinto.

La ociosidad, origen de la sociedad acomodada

¿Dónde podríamos rastrear el inicio de esta filosofía de la comodidad o de esta mentalidad del ocio? A pesar de ser, en buena medida, herederos de Kant, muchos de los idealistas alemanes toman actitudes críticas ante el genio de Königsberg, como es el caso de Schlegel, que en su novela filosófica *Lucinda* (1799) presenta un “Idilio de la ociosidad”,¹⁹ con el que reivindica la pereza y la califica como “divino arte” o “libre despreocupación y desocupación”. La ociosidad es una “pasividad” que Schlegel calificará como “reines Vegetieren”, por la que el individuo se libera del “trabajo y la utilidad” que el filósofo alemán describe como “ángeles de la muerte”. El filósofo alemán propugna una declaración de intenciones en defensa de la ociosidad que se ve a través de tres factores: 1) “la ociosidad desafía la industria y la utilidad, y los medios y los fines”, 2) “la felicidad se concibe más como pasividad que como actividad agitada” y 3) “la ociosidad aparta al individuo de lo que en la filosofía más reciente se

¹⁹Ya el propio Rousseau defendía la ociosidad, que denominaba como *l'oisiveté*, y decía lo siguiente: “El sosiego [*l'oisiveté*] que yo deseo no es el de un haragán que permanece con los brazos cruzados en total inacción y piensa tanto como se mueve”. *Las confesiones*, trad. por E. Lorenzo Oliveres (Barcelona: José Codina Editor, 1870), 859, en O'Connor, *Elogio de la ociosidad*, 17.

llama autoconstitución (la tarea de convertirnos en seres morales integrados)".²⁰

Aunque el siglo XIX sea más kantiano en cuanto a desarrollar y reivindicar una ética del trabajo,²¹ muy en la línea del calvinismo weberiano y positivista, después del fracaso de este modelo por las dos guerras mundiales, se aplicó la mentalidad de Schlegel en una suerte de combinación con el trabajo, como pretendía Marcuse,²² y el consumismo "comodino" y de masas, que se convirtió en el primer motor tanto ético como vivencial de la población mundial. Por lo tanto, fueron los criterios de Schlegel y no los de Kant los que sentaron la base de la *commoditas* que se convierte en el principio esencial del hombre racional que ya deja de ser *sapiens* o racional por volverse *ludens* u ocioso.

Por eso, el núcleo de esta *commoditas* es la ludocracia, el *homo ludens*,²³

²⁰ Bruckner, *Un instante eterno*, 16.

²¹ Al respecto, véase el estudio más que interesante de Deirdre N. McCloskey, *Las virtudes burguesas. Ética para la era del comercio* (México: FCE, 2015).

²² Herbert Marcuse en *Eros y consumidor* (1956) plantea una especie de fusión entre la ociosidad lúdica y el trabajo (representados por las figuras mitológicas de Orfeo y Narciso). "Marcuse sugiere que en realidad podríamos ser capaces de asumir niveles mínimos de trabajo sin poner en riesgo la transformación libidinoso que él llama 'juego'." O'Connor, *Elogio de la ociosidad*, 155. Esa "ociosidad lúdica" es fundamental para Marcuse, ya que supone un "campo de libertad y gratificación" (*ibid.*) necesario para el ser humano.

²³ Varios intelectuales de alta talla intelectual han tratado del concepto del *homo ludens*, como es

que unido al *videns*²⁴ busca matar un supuesto aburrimiento, porque tiene mucho ocio y ocio absolutamente visual y basado en imágenes lúdicas. Y el trabajo se enfoca en cuanto al ocio, cuando antes el ocio se desenvolvía en cuanto al trabajo.²⁵ Y no

el caso del historiador y teórico de la cultura neerlandesa Johann Huizinga, que acuñó este término definitorio del ser humano como alternativa al concepto de *Homo sapiens* de Linneo o de *Homo faber* de Henri Bergson. Huizinga sostiene en su obra principal, *Homo ludens, ensayo sobre la función del juego* (1938), que el juego es inherente a la naturaleza humana y que representa una innata competitividad y ánimo de destacar que enfrenta a individuos y grupos y que puede llevar al ensañamiento o a la gloria y triunfo; por lo tanto, el juego antecede a la propia cultura y es la base de la estructura laboral.

²⁴ El concepto de *Homo videns* (1998) es representativo del libro de Giovanni Sartori, en que el politólogo italiano plantea que la televisión está transformando nuestra forma de pensar y se están criando a niños incapaces de acercarse a los textos, con lo que se atrofian capacidades cognitivas y reflexivas. Se plantea en este estudio que la palabra ha sido destronada por la imagen, lo que supone una sustitución de lo "inteligible" por lo "visible" y, por lo tanto, acabar con el entendimiento y el pensamiento abstracto, basado en las muy cartesianas "ideas claras y distintas". Todo ello Sartori lo lleva al terreno político-sociológico que genera una "videopolítica" que convierte a los ciudadanos en "video-niños" que no acceden a la lectura y cultura escrita y cuya formación y opinión se va a basar en los canales digitales y en las comunicaciones de masas, con lo que se produce una "borreguización" y anulación del análisis crítico.

²⁵ "La posición que ostentaba el trabajo en el capitalismo moderno la ocupa ahora 'la libertad del consumidor ajustada al mercado de consumidores'. Las cuestiones del control y del derecho a la auto-sugestión han pasado de la fábrica a la tienda. El consumo, no el trabajo, se convierte en el 'eje en torno al cual gira el mundo de la vida'. El placer que antes se consideraba el enemigo de la laboriosidad capitalista, desempeña ahora un papel indispen-

se trata de aquel sano *otium* romano, por el que los seres humanos se recreaban y se formaban inteligentemente en la filosofía, la literatura y las artes; no, se trata del ocio del “no pensar”, del estímulo, de la estupidez y de la simple inacción. Así pues, si antes, cuando se terminaba de trabajar uno veía debates y charlas intelectuales en torno a problemas y temas de relevancia, ahora se ven debates de verduleros y verduleras escupiendo soeces y palabras sin sentido; programas de amplio espectro reflexivo son sustituidos por programas de “realities”, de cocina y de gastronomía. ¿Qué más bajo puede caer el ser humano que ya no le importa nada salvo la apetencia más primaria que es comer y mostrarlo repetida y orgullosamente ante millones de personas? ¿Se equivocó tanto Aristóteles al considerar que nuestra naturaleza tiende al saber y a desarrollar el alma racional,²⁶ cuando los notables y más que honorables chefs del siglo XXI le demuestran que el hombre, en realidad, tiende a apetencias primarias y al alma vegetativa? Si uno esperaba que al final de la historia el hombre desarrollaría plenamente su intelecto y su curiosidad

analíticas, está muy equivocado: la razón del hombre del mañana se ha de cultivar para “comer más y mejor”.

El ocio *ad hoc* se ha ampliado para que el trabajo se supedite a él y se transformen los valores, de forma que lo importante es jugar en un celular y no desarrollar un trabajo bien hecho. Aunque quizá suene radical, vamos a eso cada vez más; de hecho, estamos ya ahí. La sociedad de la *commoditas* devora la *dignitas*: no pienso salir a la calle para defender un propósito honrado, prefiero quedarme en casa, viendo Netflix; *ergo*, definiendo Netflix y su tranquilidad antes que una causa justa o por lo menos correcta. La *commoditas* logra que la población deje pasar barrabasadas y se acostumbre a la inopia y la estupidez política. La *commoditas* consigue que con los “me gusta” y “no me gusta” de sillón transformemos la elegante y argumentada democracia de élites intelectuales y tecnócratas, por una democracia del instinto, de la superficialidad y de la reacción vacua ante una virtualidad inexistente y que evita la existente.²⁷

sable.” David Lyon, *Postmodernidad* (Madrid: Alianza, 2009), 130.

²⁶“Todos los hombres por naturaleza desean saber. Señal de ello es el amor a las sensaciones. Estas, en efecto, son amadas por sí mismas, incluso al margen de su utilidad y más que todas las demás, las sensaciones visuales.” Arist. *Met.* 1, 980a-b, Aristóteles, *Metafísica*, trad. por Tomás Calvo Martínez (Madrid: Gredos, 1994), 69-70.

²⁷ En el capítulo 7 de la primera temporada de la serie *Orville* (creada y protagonizada por Seth MacFarlane, Fox, 26 de octubre de 2017), titulado “Majority Rule”, la trama se desenvuelve en torno a la exploración de una tierra paralela similar a la nuestra donde imparten una justicia popular basada en “me gusta” y “no me gusta” que, cuando llegan a cierto número, se aplican en forma de sentencias, que, en caso de culpabilidad, son ejecutadas en forma de lobotomías a quienes no tienen suficiente apoyo popular. Los acusados se pueden defender y conseguir favores del público en “realities” en que

Comodidad y sumisión

No hay que confundirse, la *commoditas* no es que devore solo a la razón, sino también al sentimiento, porque ¿qué es el sentimiento si no una emoción razonada y acrisolada con el paso del tiempo? La *commoditas* concede el dominio a la emoción cambiante y contradictoria. Los jóvenes no fijan la mirada, sino que varían constantemente el punto de su visión, como si de esquivas aves se tratara. El principio de no contradicción queda absorbido en la contradicción no reflexiva. Incluso la economía no se basa en que uno más uno suman dos, sino en una economía posmoderna, en la que uno se puede endeudar hasta el infinito, que no sucederá ninguna aparente reacción, porque los números macroeconómicos son inexistentes y se han de acomodar a una sociedad muy indignada ya que se lo merece todo.²⁸ Y se

presentadores capciosos los someten a trampas y preguntas retóricas. Este capítulo pone en evidencia en esta época de Facebook, Instagram, YouTube o Twitter, cómo es rifado el prestigio o desprestigio, la honorabilidad o el rechazo de una persona por parte de innumerables desconocidos que, sin apenas conocer nada de ella, la someten a juicios de opiniones inconsideradas y condicionadas por emociones simples y frívolas.

²⁸ En ese aspecto, nos encontramos con criterios de la llamada teoría monetaria moderna, como el libro de Stephanie Kelton, *El mito del déficit* (Madrid: Taurus, 2021), en el que se plantea que se puede lograr sostener la sanidad, infraestructura, creación de empleo, etc., sin temor al déficit y que es posible desafiar las estructuras económicas clásicas que sostienen la economía sobre la similitud con

lo merece tanto que la economía deja de existir. La Unión Europea es un claro ejemplo. De ahí que el deber es remplazado por el derecho. En la *commoditas* todo es derecho, nada es deber. Nietzsche decía que el nihilismo es la etapa intermedia para vaciar de valores a los seres humanos y dar el salto al superhombre. En la *commoditas*, el nihilismo es el propio ser humano y el superhombre es el “superhombre consumista”,²⁹ sometido a un Estado y a un cuerpo empresarial que nos somete con entretenimiento y diversión. Podríamos establecer varias etapas ideológicas en el propio consumismo, antes y después de la Guerra Fría. Así, en la primera etapa, por su enfrentamiento al bloque comunista, los consumidores se adaptaban a la ideología política del capitalismo liberal (el superhéroe de cómic y filmico Superman es el superhombre nietzscheano del *american way of life* en buena parte de la segunda mitad del siglo xx). A partir del 2000, y con la caída del bloque soviético, el consumismo adquirió un sentido atomizador en el que los individuos ejercen su propio consumo, no delimitado por las

la administración económica del hogar, basada en el ahorro y el control del gasto.

²⁹ “Nietzsche se ha convertido, por un extraño giro de los acontecimientos, en el mayor proveedor de lemas publicitarios corporativos. El alabador del superhombre es sobre todo la garantía filosófica del superhombre consumista que se forja a partir de lo que compra, usa o absorbe”. Bruckner, *Un instante eterno*, 50.

necesidades ideológicas de un Estado y de defensa de una forma de vida. Se trata de un consumo atomizado y a la carta. Los superhombres consumistas son los propios consumidores.

En el siglo XVI, el filósofo francés Étienne de la Boétie escribió sobre la “servidumbre voluntaria”, en la que las personas se sometían a reyes, gobiernos y tiranos y sus halagadores y lúdicos entretenimientos. Resulta muy interesante el siguiente pasaje en que Gabriel Albiac dialoga con La Boétie:

¿Qué es lo que queda de nuestro sujeto, construido en la costumbre y desplazado hacia los espacios de ficción? Una función de reproducción vacía de contenido. Y, hacia el final ya de su texto, ante el espectáculo de esos sujetos, La Boétie ha de preguntarse ¿qué queda de esos sujetos que, desplazados hacia la red de representaciones escénicas, son solo una función reproductiva del amo? Pues un espacio *anéanti*, anonado; un espacio carente de cualquier plenitud ontológica. Y se pregunta La Boétie: ¿Es esto vivir felizmente?

Y naturalmente no responde, sino que remata con una segunda y verdaderamente seria pregunta:

¿Esto se llama vivir?

Y La Boétie calla ante tan grave pregunta. Y es evidente que su texto, al plantearla, ya la ha respondido.³⁰

³⁰ Gabriel Albiac, *Sumisiones voluntarias. La invención del sujeto político: de Maquiavelo a Spinoza*, ed. por Alberto Mira Almodóvar (Madrid: Tecnos, 2011), 50.

Precisamente esa mediocridad sumisa del ciudadano que señala La Boétie, basada no tanto en el miedo como en una suerte de ludocracia alienante y perezosa, se ha potenciado exponencialmente con la democracia tecnológica y los medios digitales de comunicación y de redes sociales. Así pues, el ya citado pensamiento de Aristóteles que decía que el hombre tiende por naturaleza a la sabiduría es negado y rechazado frontalmente por una *commoditas* que diría que la naturaleza del hombre deja de existir, porque la *commoditas* pone a la carta hasta el tipo de sexo o género que uno quiere, se convierte en el entretenimiento, en la diversión, o en el juego simplón y abobado. En la sociedad de la *commoditas* se vería a Aristóteles como uno más, y algunos lo pondrían al mismo nivel que cualquier chamán de los de antes o de los de ahora. El narcisismo comodino genera esta antiética de la *jouissance* posmoderna³¹ por la que nos liberamos

³¹“El posmodernismo es el nuevo y paradójico paradigma cultural. ¿Se trata de una fiesta liberadora que debemos celebrar o el narcisismo egoísta que cabría esperar del yo autónomo de la Ilustración? El final del colonialismo y el auge de nuevos medios de comunicación permiten que se oigan voces que antes estaban reprimidas, pero ¿por qué habríamos de escuchar una voz más que otra? La deslumbrante oferta de los centros comerciales y la publicidad de televisión parecen ofrecernos una cornucopia consumista, pero ¿acaso hemos de hallar nuestra identidad e integración únicamente en el mercado? La postmodernidad: ¿una excursión? ¿El fin del mundo? ¿O algo más?” Lyon, *Postmodernidad*, 158.

de las ataduras de la racionalidad de la modernidad y nos “relajamos en un ambiente de ironía y *pastiches* irreverentes, donde el pluralismo y las diferencias contrastan con el viejo ‘terrorismo’ de los discursos totalizadores”.³² Y todos los que criticamos la *commoditas* nos engañamos a nosotros mismos porque caemos en las mieles de la molicie que nos proporciona esta sociedad de “parque temático”, disneylizada y moldeada por los *simulacra* de las redes sociales que tan bien supo ver el filósofo francés Baudrillard:

Hoy en día, la abstracción ya no es la del mapa, la del doble, la del espejo o la del concepto. La simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad: lo hiperreal. El territorio ya no precede al mapa ni le sobrevive. En adelante será el mapa el que preceda al territorio —PRECESIÓN DE LOS SIMULACROS— y el que lo engendre, y si fuera preciso retomar la fábula, hoy serían los girones del territorio los que se pudrirían lentamente sobre la superficie del mapa. Son los vestigios de lo real, no los del mapa, los que todavía subsisten esparcidos por unos desiertos que ya no son los del Imperio, sino nuestro desierto. El propio desierto de lo real.³³

³² *Ibid.*, 145.

³³ Jean Baudrillard, *Cultura y simulacro*, trad. por Pedro Rovira (Barcelona: Kairós, 1978), 5.

La *commoditas*, además de virtualidad es pura continuidad que “se antepone a la admirable novedad”, puesto que “la preocupación ya no es tanto cambiar la propia vida como preservar lo mejor de la misma”. En la *commoditas* el tiempo se congela y buscamos la inmortalidad al querer “experimentar las mismas expectativas, las mismas emociones incluso cuando conocemos el curso de los acontecimientos”. Es lo que Pascal Bruckner denomina “la comodidad de una repetición tranquilizadora”, que, en mi opinión, nos da visos de eternidad en la propia vida. Si se congelan los actos, las costumbres, las acciones, las palabras en una repetición incesante y continúa, es como si no se necesitara la memoria, porque la memoria es el presente mismo, unido a un futuro totalmente previsible y condicionado por esa misma repetición. Si Proust afirmaba que con ciertos estímulos conseguimos ese momento de recuperación del pasado que se hace atemporal, en la *commoditas* se alcanza la eternidad con la reiteración constante e incesante de lo acostumbrado y habitual. Costumbre y *commoditas* van de la mano, son dos caras de la misma moneda y reflejan una “perfecta quietud”. Para que este feliz binomio se cumpla, se requiere un entorno seguro y proyector, una burbuja contra el cambio, contra lo inesperado y la necesidad: son esas

ciudades, especialmente ubicadas en Europa occidental, Estados Unidos, Canadá o Australia, donde “uno se siente protegido de las tormentas del mundo”, porque “el orden y la disciplina te liberan del tormento de las horas fugaces”. Frente a la agitación de las ciudades de los países tercermundistas y emergentes, donde el caos y la inseguridad se anteponen, pero también la oportunidad y el dinamismo vital se oponen la “ciudad-escaparate” de un primer mundo acomodado en que la seguridad, más allá de convertirse en la plataforma del desarrollo del trabajo imaginativo y la creatividad bien hecha, se convierte en otro nombre del “aburrimiento”.³⁴

Conclusión: las edades de la *commoditas*

La *commoditas* se hace palpable en dos sectores de la población: la juventud y la tercera edad. Los unos y los otros se transforman en seres egocéntricos y consentidos. Los primeros, porque ante el momento histórico de durar una cantidad de años como nunca ha sucedido en la historia de la humanidad,³⁵ a la vez que del mayor

³⁴ Bruckner, *Un instante eterno*, 57. Ese aburrimiento en las grandes urbes europeas Baudelaire lo denunciaba con el término *spleen*, que no deja de ser un *taedium vitae* de la modernidad.

³⁵ “Saber desde los 18 años que podemos llegar a vivir un siglo, como en el caso de los ‘millennials’, cambia por completo nuestra concepción de los es-

adelanto científico-tecnológico como nunca ha ocurrido en la historia, se dan cuenta que ya el esfuerzo no es prácticamente necesario y que lo importante es el *ingenium* tecnológico y una constante diversión llena de pastillas antidepresivas y ansiolíticas, a modo del “soma” de *Un mundo feliz*; y los otros, porque ya, al final de su vida, se encuentran “en la maldición del ocio absoluto”,³⁶ con el apoyo de los formidables avances médicos y planes de jubilación que en otras épocas no había,³⁷ y cambian su voto según el

tudios, la carrera, la familia y el amor, haciendo de la vida un largo y sinuoso camino que se pierde, por el que se vaga, que permite fracasos y reanudaciones. A partir de ahora tenemos tiempo: no hay necesidad de apresurarse, de casarse y tener hijos a los 20 años, de terminar los estudios demasiado pronto. Podemos formarnos en cosas diferentes, tener oficios variados, varios matrimonios. Los ultimátums establecidos por la sociedad, más que ignorados, son burlados. Ganamos una virtud: la indulgencia hacia nuestras propias vacilaciones. Y un desafío: pánico a tomar decisiones.” *Ibid.*, 13.

³⁶ “El fin obligatorio del trabajo a partir de los 60 años, modulado de forma diferente según la profesión, nos sumerge en la maldición del ocio absoluto como forma de vida, como si poblaciones enteras de cabezas canosas volvieran a sumergirse en el mundo infantil de los parques de atracciones. En la mayoría de los casos, este tiempo libre no se utiliza para actividades culturales, sino para hipnotizarse delante de las pantallas, que acaparan la mayor parte de la atención. Envejecer significa beber demasiado de este té de hierbas de los ojos que es la televisión o la web.” *Ibid.*, 33-34.

³⁷ En todas las épocas anteriores, las “pensiones” eran las familias numerosas en que los hijos cuidaban a sus ancianos padres y la familia cumplía no solo una función afectiva, sino también asistencial, imprescindible para afrontar una vejez frágil e inestable.

partido que les ofrezca más comodidades. De hecho, Pascal Bruckner la denomina “la generación caníbal”, porque “se beneficia de ambos lados de la historia, deja atrás una enorme deuda y se otorga privilegios que equivalen a un robo”.³⁸ La honorabilidad de la senectud³⁹ que, en otra época, difundía el notable Cicerón, es sustituida por una vejez asistida, y vilipendiada por la inmediatez de la constante novedad que deja la experiencia y la sabiduría de vida, como vetustas huellas de un pasado que para la *commoditas* no acabó de existir, y si lo hizo, se concibe como una fábula absurda. Las generaciones intermedias tampoco se salvan, ya que, aunque se dan cuenta de los riesgos de la sociedad de la *commoditas*, a diferencia de jóvenes y viejos, rechazan la idea de abandonar la confortabilidad de su sillón y su televisor por ideales ya obsoletos y que, al final, curiosa y paradójicamente acaban buscando como fin último, el propio sillón.

³⁸ Bruckner continúa diciendo que “para contrarrestar este resentimiento, solo hay una solución: hacer que las personas de 60 años o más vuelvan a trabajar de forma voluntaria. La constitución de todo un grupo de edad en una clase ociosa enfocada en exclusiva en el consumismo es una catástrofe, llevada a cabo en nombre de las mejores intenciones, en nuestras sociedades, después de la Segunda Guerra Mundial.” *Ibid.*, 33.

³⁹ “La vejez tiene tanta autoridad que satisface mucho más que todos los placeres juntos de la juventud, sobre todo la de quien ha ejercido la magistratura.” Cicerón, *De Sen.*, 17.6, *Sobre la vejez*, trad. por Rosario Delicado Méndez (Madrid: Tal-vez, 2005).

Es tanta su *commoditas* que, como afirma Pascal Bruckner, uno puede “ver a personas de 30 o 40 años soñando con irse a los 60 años para disfrutar de su tiempo libre”, lo cual “¡es desgarrador!”, ya que, sentencia Bruckner, “la vida real está aquí, ahora, en este momento, a pesar de las tareas, las limitaciones y los obstáculos”.⁴⁰

Si bien esta sociedad de la *commoditas* se circunscribe especialmente a las sociedades de clase media y altas del primer mundo, y a las pudientes de los países emergentes y del tercer mundo, no obstante, aquellos amplios sectores de las capas sociales más humildes y pobres de cualquier zona, región o país, que se encuentran en los férreos y rugosos brazos de la *necesitas*, en caso de que lograran salir de ella, acabarían en el confortable sillón de la *commoditas* y se juntarían como uno más en el club de la palomita fácil y de la diversión lúdica. No en vano, en sus modestas dimensiones cumplen los propósitos de la sacrosanta *commoditas* cuando prefieren tener una televisión de plasma o un celular último modelo, antes que utensilios de primera necesidad. Si Horacio, Virgilio o Píndaro entonaban odas a la hazaña, a la valentía, al coraje, a la belleza, ahora cualquier poeta y vate del siglo XXI, convertidos en hábiles *coaches* y en chistosos y dicha-

⁴⁰ Bruckner, *Un instante eterno*, 34-35.

NOTAS

racheros presentadores de televisión, entonarían su canto a la *commoditas* y sus hijos e hijas: la molicie, el tedio, el hartazgo, la autocomplacencia, y su hija predilecta y más querida, la ignorancia.

En definitiva, ¿la sociedad de la *commoditas* acabará con el mundo o lo trasladará a una Matrix autocomplaciente y fijará el fin último del ser humano? ¿Habrán estado todas las

épocas pasadas equivocadas o es que la deriva normal de la ética del *bellum* y de la *virtus* es terminar en una sociedad acomodaticia? No puedo ni sé responder a estas preguntas, pero sí puedo afirmar que la *commoditas* va cumpliendo sus objetivos, que en el fondo, no los tiene, y lo peor es que, a causa de su propia naturaleza nihilista, no nos damos cuenta de que ya nos domina completamente.